**119. Museo del Prado**

Hacía unas cinco décadas que no visitaba el Museo del Prado. Ahora, con un intervalo de un par de años, aprecié muchos cambios físicos agradables y espectaculares. Pero en ambas y últimas anualidades padecí los efectos de la masificación. Las inmensas colas a la entrada preparan para que no te llegue de improviso lo que encontrarás: gente por doquier.

Aquel recinto silencioso y placentero donde el tiempo volaba acariciado por la contemplación del arte, se ha convertido en una concurrida ágora. El trasiego de personas impide en absoluto la concentración necesaria: nos estorbamos, pendientes de las esquivas, bajo un murmullo sinuoso ─en el mejor de los casos─ acallado de continuo por los conserjes. La mirada pierde el enfoque y termina posada en las etnografías de los visitantes.

Naturalmente que alegra ver a grupos de niños sentados en el suelo frente a un cuadro escuchando en su mayoría las explicaciones de una profesora; claro que satisface ver a comunidades de turistas deambulando o deteniéndose ante óleos famosos, y por supuesto que llega el contento ante la curiosidad de muchos frente al trabajo de los copistas.

Me dirigí a una gentil señorita responsable de cierto rango y le manifesté mi extrañeza por el cuchicheo oyente. «Pues hoy es un día excepcional, tuvo suerte, normalmente el runrún alcanza muchos más decibelios. Terminamos rendidas de llamar al silencio…».

Salí antes de lo previsto, resignado a una ineluctable realidad y con el propósito de no volver para evitar iracundias nada recomendables a ciertas edades. Acabaron aquellos espacios monacales donde la calma asida a la magia elevaba el arte a la categoría de la sublimidad. Ahora tendré que conformarme con la pantalla del ordenador para lograr una artificialidad desprovista de la experiencia corporal. Ya no podré escuchar la musicalidad de la belleza emanada por el encanto real de las pinceladas. Por mucho sosiego que exista en mi casa toda música de fondo sonará átona en un frío ordenador que pasa imperturbable cuadros ciclotímicos. Terminarán las experiencias miríficas surgidas al atravesar el dintel de los templos museísticos.

La última vez me despedí de Velázquez a duras penas porque un compacto grupo tomó posición del espacio visible. También le mandé un adiós a Goya y Ribera, y a tantos otros que solo vibran ante la cercanía de los que logran contemplarlos, gracias al respetuoso y necesario silencio que también ellos ansían.